

sino que trató con él de potencia á potencia, escribiendo en el preámbulo del tratado que él y sus confederados «están interesados, por razón de la grandeza de su cuna y por sus virtudes, en el bien del Estado y en el reposo de la cristiandad.» Y era, en efecto, un miembro eminente de la cristiandad como príncipe de la sangre de Francia.

Estos convenios con el extranjero no causaban escándalo. Cuando el duque de Lorena, enviado por España, condujo sus tropas alemanas hacia París, entre esta ciudad y Villeneuve-Saint-Georges, en donde acampaba, hubo un continuo ir y venir de carrozas llenas de hermosas damas á quienes el duque prometía darles «las diversiones de una batalla.» Varias veces entraron en París tropas españolas al servicio de los príncipes y nadie insultó las banderas encarnadas con la cruz de San Andrés. Mademoiselle invitaba á sus fiestas á los oficiales extranjeros, y un día que quiso ir á pasearse por el bosque de Boloña, lo que no debía de ser una aventura arriesgada, estando como estaba cerca de aquel sitio el ejército del rey, varios españoles se brindaron á darle escolta; y habiéndole esto parecido algo chocante, el oficial que mandaba la fuerza extranjera le dijo que no debía asombrarse de ver á los españoles en el «parque de Madrid (1),» frase que le hizo mucha gracia.

El sentimiento nacional no era entonces más que una especie de orgullo de ser la Francia, con una idea de deberes para con la patria aprendida por las personas instruidas en la historia de las ciudades antiguas. Francia no se conocía bien, no vivía una existencia de conjunto. El episodio de los Estados generales convocados y no reunidos es curioso, tanto más cuanto que parece que nadie se interesó por este asunto. Algunos hidalgos que se habían puesto de acuerdo para mover á la nobleza, lamentáronse en una carta circular de que padeciera de «falta de comunicación.» La frase podía aplicarse con exactitud á la nación entera, que no se comunicaba consigo misma y no podía, por ende, ser una patria, como lo es la Francia de la actualidad.

El enemigo en aquel tiempo no era el enemigo tanto como lo es al presente; la guerra se hacía de corona á corona, no de pueblo á pueblo, con ejércitos pequeños, por soldados de profesión y en las fronteras; y aunque la lucha era sangrienta, no se jugaban en ella el honor ni la vida de un pueblo. Por todas estas razones, ni la guerra civil ni la guerra extranjera eran en el siglo XVII lo que son para nosotros; de aquí que juzgaríamos mal si con nuestro actual criterio juzgáramos á los hombres de aquel tiempo.

Pero relatemos el último período de las guerras civiles.

IV.—La guerra general

En el Mediodía, Harcourt contenía á Condé; el ejército de Mazarino se apoderó de Angers en 1652 y redujo á obediencia el Anjou que Rohán había sublevado; el rey y la reina se unieron á un pequeño ejército que en el Loira medio mandaba Turena, y éste, después de haber vacilado entre las ofertas de la corte y las de

(1) Aludiendo al palacio de Madrid, situado en el bosque de Boloña.

Condé, se había al fin decidido por permanecer fiel al rey que era el que había hecho mayor puja. Pero desde el Norte avanzaban hacia el Loira el duque de Nemours y Beaufort, el primero al mando de las tropas del Señor Príncipe aumentadas con un contingente español, y el segundo al frente de las de Monsieur. Turena, al llegar cerca de Orleáns, supo que Mademoiselle estaba en la ciudad y prohibía que se abriesen las puertas de la misma, en vista de lo cual fué á pasar el río por Gien. En el entretanto, los ejércitos de los príncipes habían llegado al Gatinais, y Condé, que se había escapado de la Guiena con un puñado de amigos, púsose al frente de ellos (abril de 1652) y atacó el ejército del rey en Bleneau, arrollando cuanto encontró á su paso; pero Turena logró cambiar la faz del combate. Condé abandonó sus tropas para dirigirse precipitadamente á París, y Turena, después de haber enviado la corte á Saint-Germain, se arrojó sobre el ejército de los príncipes que, en su marcha hacia la capital, había avanzado hasta Etampes, y en esta población lo tuvo bloqueado. Entonces supo el mariscal que llegaba el duque de Lorena. Este extraño personaje, expulsado de su ducado por Richelieu, había conservado un ejército del que era propietario; era, por decirlo así, un contratista de guerras que paseaba las fuerzas de que disponía y que en aquella sazón trabajaba por cuenta de España. Sus 6.000 soldados, en pos de los cuales iban una multitud de granujas y vivanderos, gran número de caballos y grandes rebaños de vacas y carneros, todos estos animales robados, se instalaron en Villeneuve-sur-Georges. Turena dejó el sitio de Etampes para ir á evolucionar en torno del de Lorena que, por lo demás, no tenía grandes ganas de batirse, por temor á los daños que su ejército pudiera sufrir, y que se marchó después que Mazarino le hubo pagado la retirada (junio de 1652).

Cuando Turena hubo partido de Etampes, el ejército de los príncipes se acercó á París y ocupó la península de Gennevilliers y Saint-Cloud; mas como el ejército del rey, concentrado en Saint-Denis, era más fuerte, Condé, amenazado en Saint-Cloud, resolvió refugiarse en Charentón, á fin de utilizar la defensa natural del Sena y del Marne. Cuando marchaba á lo largo de las murallas de la orilla derecha fué atacado por Turena á la altura de la puerta de San Antonio y se vió en gran peligro. Entonces fué cuando Mademoiselle mandó abrir la puerta á Condé y disparar el cañón de la Bastilla contra las tropas reales, que se detuvieron; y aprovechando esta coyuntura, Condé y sus tropas se refugiaron en la capital, quedando, por consiguiente, los príncipes dentro de París y el rey fuera (1.º de julio de 1652).

Desde que el rey había salido de París, la ciudad, que se había mantenido neutral entre el monarca y los príncipes, agitábase en medio de la más completa anarquía, pues en ella mandaban á la vez un mariscal de Francia, gobernador representante del rey, la municipalidad, en el fondo conservadora y realista, el Parlamento, Monsieur y en defecto de éste Madame (su esposa) ó Mademoiselle (su hija mayor). Gentes honradas, que no eran «frondistas ni mazarinistas, no querían más que el bien del Estado;» otras gentes, honradas también, estaban «persuadidas, hasta arrostrar el martirio, de la justicia de la causa de los señores príncipes;» y otras

gentes, asimismo honradas, «habrían muerto gozosas por defender la causa de la corte.» Innumerables bobalicones y papamoscas se agitaban y se metían en camisa de once varas. Al bobalicón las gacetas le llaman señor «On» y le atribuyen orejas «profundas é inmensas» propias para dar cabida á todas las paparruchas y tonterías. Los señores «On» se divertían jugando á soldados:

«Encontrándose en el seno de sus familias,
con sus esposas y sus hijas,
sólo pronuncian, en medio de los pucheros,
palabras de guerra, vengan ó no á cuento,
bombardas, cañones, culebrinas,
media luna, muralla, cortina,
apostadero, terraplén, baluarte,
líneas, circunvalación,
mi sacatrapos, mi escarpa,
el parapeto, la contraescarpa...
y otras parecidas palabras pomposas
que infundían miedo á sus niños.»

Las calles y las encrucijadas estaban llenas de aldeanos refugiados, de enfermos no admitidos en los hospitales, que estaban repletos, de mendigos á quienes se daba de comer á la puerta de las casas parroquiales y de los conventos, de obreros sin trabajo y de soldados licenciados; y de esta muchedumbre miserable salían el vendedor ambulante que voceaba los periódicos á un sueldo y el manifestante bullanguero á tanto al día.

Monsieur y Condé se vigilaban y sospechaban el uno del otro. El fautor de los motines, Gondi, se había convertido, en febrero de 1652, en el cardenal de Retz y comprendía «el inconveniente» de la púrpura que por su dignidad le estorbaba. Ya no se le veía en parte alguna, como no fuera en casa de Monsieur, á quien quería separar de Condé para ponerle al frente de un tercer partido. En el Parlamento y en las Casas Consistoriales, la mayoría aspiraba, sin decirlo, al regreso del rey. En el Puente Nuevo, una multitud permanente insultaba las carrozas y no les dejaba seguir su camino hasta que las hermosas damas que iban en ellas habían dicho las mayores indecencias contra Mazarino. Muchos iban al Luxemburgo, en donde residía Monsieur, á gritar que sabían perfectamente que «Monsieur saldría del apuro cuando quisiera,» pero que ellos querían acabar de una vez y «que era preciso darles la guerra ó la paz.» Los parlamentarios, insultados á la salida del palacio, se disfrazaban ó pasaban de prisa escoltados por soldados pagados por ellos mismos. «Señores del Parlamento, les decían, cuatro años hace que excitáis al pueblo y lo hacéis por vuestros emolumentos, sin haber producido otra cosa que la guerra civil, el sitio de París, la retirada del rey y la ruina del comercio. Sacadnos de la miseria ú os mataremos.»

Monsieur y Condé quisieron obligar á la Municipalidad, que se mantenía tan neutral como podía, «á declararse» en favor de su causa. El 4 de julio celebróse una asamblea extraordinaria en las Casas Consistoriales, en donde habían sido convocados diputados de los tribunales supremos, del clero y de la universidad y burgueses notables. Una muchedumbre inmensa llenaba la plaza de Greve. La asamblea había comenzado á deliberar sobre las «vías de la seguridad» (así decía la orden del día, que era muy vaga) y parecía inclinarse al regreso del rey sin Mazarino, cuando llegaron los prin-

cipes, quienes, después de pronunciar algunas frases de agradecimiento por la hospitalidad dispensada á las tropas después del combate de la puerta de San Antonio, se marcharon sin haber formulado ninguna proposición. Apenas estuvieron fuera, salieron algunos tiros de la plaza, los arqueros de la ciudad contestaron y varios miembros de la asamblea que se asomaron á las ventanas ó intentaron huir fueron muertos. Los amotinados penetraron en el edificio por la puerta que ellos mismos incendiaron y por encima de la cual el humo ennegreció la estatua de Enrique IV maltratada por las balas.

Es imposible afirmar si Condé había preparado ó no aquella «jornada,» pero lo que sí es cierto es que los príncipes nada hicieron para contener la matanza y el incendio. Apenas llegados al Luxemburgo, les avisaron que las Casas Consistoriales ardían; Monsieur, que se cambiaba la ropa interior, porque había sentido un calor grande, salió en camisa de su cámara y dijo á Condé: «Primo, id á las Casas Consistoriales; vos pondréis orden del todo.»—«Señor, respondió Condé, en toda ocasión estoy dispuesto á servirlos, mas no soy hombre de sedición, ni entiendo en ello una palabra, y soy muy cobarde.»

Los príncipes organizaron un gobierno insurrecto; Broussel fué elegido preboste de los mercaderes, Beaufort gobernador de París, Monsieur teniente general del reino y Condé comandante general de los ejércitos; pero las matanzas de las Casas Consistoriales habían causado horror y todo el mundo estaba cansado de un desorden al que no se le veía el fin.

Y más que nadie lo estaban los príncipes, quienes hacía tiempo que andaban en tratos con la corte y con Mazarino, cada uno por su lado y á espaldas del otro. Cuando le preguntaban á Monsieur por qué negociaba con Mazarino, dejaba de silbar y respondía: «¿Qué he de hacer? Todos negocian y yo no puedo quedarme sólo.» En efecto, todos los grandes señores imitaban á los príncipes: «Era un abismo de negociaciones, cuyo fondo nadie vió jamás,» escribe La Rochefoucauld, que supo de dónde sacar su desprecio á la humanidad. Un día, el duque de Lorena exigió que un pacto que había hecho con Monsieur y Condé fuese firmado en toda regla, y para justificar su exigencia dijo esta frase justa: «Nosotros, los príncipes, somos unos bribones.»

A lo menos comprendían la futilidad de su conducta y de su vida. «¿No habéis descubierto ninguna nueva isla para mí?» preguntaba Condé. La señora de Longueville, en Burdeos, se quejaba de verse expuesta todos los días «desde los puñetazos hasta los cañonazos,» y se aburría: «¡Tengo tan pocas diversiones en el sitio en donde estoy!» Y suplicaba á Chaplain que le enviase la octava parte, que acababa de publicarse, de la novela de Poxandro. Monsieur suspiraba y bostezaba: «He reflexionado toda la noche, dijo un día al cardenal de Retz; he recordado toda la intriga de la Liga y toda la facción de los hugonotes, y nunca he visto en ellas nada tan difícil como lo que á cada momento encuentro delante de mí.» Y tenía razón, porque la Liga y los hugonotes sabían á lo menos lo que querían y sentían pasiones sinceras. «Es cosa cruel, añadía, encontrarse en un estado en que es imposible hacer algo bueno.» Todo el mundo se encontraba en ese estado.

Un solo pretexto le quedaba á la resistencia, el de

«¡Fuera Mazarino!» Y Mazarino se fué en agosto de 1652, bien que no tan lejos como la primera vez, pues no pasó de Bouillón. Desde aquel momento, el continuar la guerra significaba hacerla «sólo al rey;» y sin embargo, aun transcurrieron tres meses en la confusión más lamentable. En julio, un ejército español había llegado hasta Chauny, pero se había retirado en seguida, pues los españoles no se preocupaban de hacer alcanzar victorias á los príncipes y lo único que les importaba era perpetuar la anarquía. Fuerzas wurtemberguesas y lorenas mandadas por el duque bandido, que había regresado, bloquearon á Turena que se había atrincherado en Villeneuve-Saint-Georges. La corte, que permanecía en Compiègne esperando los acontecimientos, recibió varias diputaciones que le suplicaban volviera á París; para ello exigió la dimisión de Broussel, el preboste de los mercaderes insurrecto, dimisión que efectivamente fué presentada. La ciudad se negó á suministrar víveres á las tropas de Condé y del duque de Lorena, las cuales se vieron obligadas á «levantar el campo.»

Ambos príncipes fueron á despedirse de Mademoiselle:

«Nos vamos contentos, dijo el Señor Príncipe, á tratar de hacer algo en lo que queda de buen tiempo; después, cuando hayamos instalado las tropas en cuarteles de invierno, volveremos á los bailes y á las comedias. Se pasan muchísimos trabajos; justo es, por consiguiente, disfrutar de los placeres.»

Mademoiselle esperaba que serían vencedores, porque si el rey volvía sin condiciones, tendría ella que ir á pasar el invierno en el campo, lo que para ella era aventura inconcebible.

«Estimaba yo esto como cosa imposible, así es que les rogué que hicieran cosas tan extraordinarias que se pusieran en condiciones de firmar la paz, á fin de que pasáramos todos juntos el carnaval en París divirtiéndonos en grande.»

Y lloró al pensar que ya no vería en la gran avenida de las Tullerías el traje del Señor Príncipe, un traje «lindísimo con colores de fuego, de oro, de plata y negro sobre gris, ni la banda azul á la alemana debajo de una casaca desabrochada.» Esta escena de la separación de los príncipes es admirable.

En el entretanto, la ciudad permanecía como inerte y fué preciso que los agentes de la corte organizaran una «intriga del rey» y manifestaciones bien pagadas. Al fin el monarca, en 21 de octubre de 1652, regresó á París «gloriosamente.»

Inmediatamente llamó á Mazarino, el cual púsose en marcha también esta vez con un ejército que había comprado; pero no se dió gran prisa por volver á la capital. «El cuerpo de esta gran ciudad, le escribían, está aún algo enfermo de la cabeza y de los pies, es decir que todavía hay cierto desorden entre los funcionarios (el Parlamento) y la canalla.» Retz guardaba una actitud misteriosa y á él se achacaban las murmuraciones de los rentistas y las idas y venidas de los intrigantes profesionales; había fortificado el palacio arzobispal y provisto de granadas las torres de Nuestra Señora; no salía sino escoltado por doscientos hidalgos que le eran completamente adictos, y aun no había visitado al rey. Mazarino se juntó al ejército que defendía la Champa-

ña y la Lorena contra Condé y los españoles. La «intriga del rey» se fortaleció, la policía limpió el Puente Nuevo de la canalla de lacayos y mendigos armados, Retz se dejó arrestar tontamente en el Louvre por el rey, y en el mes de febrero de 1653 el cardenal entró en París triunfalmente.

Los disturbios estaban apaciguados casi en todas partes; en Burdeos fué donde por más tiempo se prolongaron. En medio del desorden de aquella ciudad, vemos agitarse á los príncipes, primero á Condé, y cuando éste hubo abandonado la población para hacer la guerra (marzo de 1652), á su hermano Conti, y á su hermana la señora de Longueville, y después al Parlamento, á la alta burguesía, á la pequeña burguesía democrática, que se había agrupado en una especie de cofradía denominada la *Ormée*, á los artesanos y á los pobres, á capuchinos y á hugonotes. Los príncipes que, por lo demás, no se entendían entre sí ni con el Parlamento, apoyábanse en las clases más humildes del pueblo. El Parlamento, que no amaba á los príncipes y detestaba á los demagogos y que no quería extremar su hostilidad contra el rey, vióse perplejo desde el principio hasta el fin; la alta burguesía trató de recobrar el gobierno mediante el restablecimiento de las libertades municipales; y la *Ormée*, cuyas intenciones no son muy claras y que tuvo sus ideas de República, exigía una participación en aquel gobierno. Los habitantes de los barrios pobres atacaron los barrios ricos y hubo terribles motines. Los príncipes y los católicos negociaron con España, mientras un «partido hugonote» formado en el seno de la *Ormée* acudía «directamente á Inglaterra.» En julio de 1653, un ejército del rey puso sitio á la ciudad, cuya capitulación fué preparada por una «intriga del rey,» y en la cual entraron las tropas reales en 3 de agosto, siendo aplaudidas por todo el mundo. En esta historia, que produce en el ánimo verdadera confusión, se observa la diversidad de las pasiones y de los intereses que están en juego y la imposibilidad en que se encuentran las distintas clases de agitados de juntarse en un esfuerzo común. La palabra «libertad,» que todos repiten, no tiene para los unos el mismo significado que le dan los otros. La Fronda bordelesa, como la Fronda parisiense y como todas las otras frondas del reino, demostró que el desorden en el que cada cual trabajaba para sí, había de ir á parar fatalmente á un rey para todos (1).

V.—Ruinas materiales (2)

Durante estos cuatro años de guerra civil, ingerida en la guerra extranjera que duraba desde hacía diez y ocho años, el fisco había recurrido á las violencias extre-

(1) Respecto de la Fronda en Burdeos, véase la bibliografía en Jullian, *Histoire de Bordeaux depuis les origines jusqu' en 1895*, Burdeos, 1895. — En cuanto á la bibliografía de la Fronda en provincias (en todas partes se reproducen los fenómenos observados en París y en Burdeos), véase Debidour, en el cap. I del tomo VI de la *Histoire générale du IV^e siècle à nos jours*, París, 1895. Añádase: Couyba, *Etudes sur la Fronde en Agenais et ses origines*, Villeneuve-sur-Lot, 1899-1901, 3 vol.

(2) Véase Feillet, *La misère au temps de la Fronde*, 4.^a edición, París, 1868, R. Allier, *La Cabale des Dévots (1627-1666)*, París, 1902. Arvede de Barine, *Louis XIV et la Grande Mademoiselle*, citada en la pág. 19.

mas. La percepción del pecho, desde que éste había sido arrendado, parecía una operación de guerra: los agentes de los asentistas, escoltados por soldados, se conducían como en país enemigo. Las representaciones formuladas por la Cámara de las Cuentas dicen: «Se ha delegado en los asentistas la autoridad real para percibir los pechos por todas las vías de rigor, sin exceptuar una, jamás empleadas si no es por enemigos durante una guerra.» Las vías de rigor eran la manutención á discreción á costas de los habitantes, la incautación de las mercancías y de los rebaños y hasta de las personas de los mismos contribuyentes, estando llenos los calabozos de «presos por pechos y gabelas.»

La guerra ocasionó en las provincias sus males acotumbrados. Era entonces una industria que ajustaba obreros y los mantenía á costas de los habitantes del país en donde trabajaba; de tal manera que los contratistas difícilmente reclutaban soldados para servir en un territorio que ya había sido devastado, y del cual se decía que en él estaba desacreditada la guerra, al paso que un capitán encontraba más hombres de los que quería cuando se trataba de ir á «comerse» un país nuevo.

Los generales, que no recibían dinero, tampoco pagaban á sus tropas, y cuando se lamentaban de su miseria á la corte, ésta les respondía: «Apenas si tenemos con qué servir las mesas del rey.» La corte les echaba en cara los latrocinios de las tropas; pero ellos, con buenas razones, se disculpaban de la imposibilidad de establecer la disciplina: «Perderíamos un gran número de soldados que no pueden vivir sin desorden, pues la mayoría de ellos no ha percibido un sueldo desde hace seis meses,» escribía de Harcourt á Mazarino; y añadía este general tranquilamente: «En las ocho ó diez leguas en que hemos permanecido desde hace dos meses, nos hemos comido el país sin dejar nada.»

Las personas nobles recomendaban sus bienes al rey, á los príncipes y á los jefes de cuerpos, y los oficiales galanteadores hacían la corte á las damas cuyas tierras protegían. En 1652, Bussy se hallaba en La Charité, en donde encontró á una antigua amiga entre las señoras refugiadas en la ciudad:

«En las primeras visitas que le hice, escribí, sentí renacer algo de mi pasión por ella. Le presté servicios equivalentes á las solicitudes ordinarias de los amantes, porque en medio de la ruina general de los pueblos, ocasionada por las tropas ó por las subsistencias, conservé sus tierras como las mías propias.»

La gente pobre huía á los bosques ó se refugiaba en los subterráneos; pero cuando los soldados descubrían algún escondrijo, pegaban fuego á la entrada del mismo, operación que se denominaba «ahogar una caverna.» Algunos castillos ó monasterios, como Port-Royal, servían de refugio.

«Es maravilloso, escribía la Madre Angélica de Port-Royal en 1649 (durante el sitio de París), que todos los animales y todas las personas no hayan perecido después de haber estado tanto tiempo encerrados juntos. Aquí teníamos los caballos debajo de nuestro cuarto y en la sala capitular, y en los subterráneos teníamos unas cuarenta vacas nuestras y de las pobres gentes. El corral estaba lleno de gallinas, pavos, ánades y ocas, y cuando no queríamos recibir estas bestias, nos decían:

«Tomadlas para vosotras; preferimos verlas vuestras que de los soldados...» La iglesia estaba llena de trigo, de avena..., de guisantes, de habas, de calderos, de muebles y de toda clase de andrajos.»

Los misioneros de San Vicente de Paúl encontraron en Saint-Quentin de 7 á 8.000 pobres, 1.200 refugiados y 350 enfermos. Un sacerdote había perecido de hambre por no haberse «atrevido á pedir que le dieran de comer.» En los campos, según aquellos misioneros dicen, los hombres comen tierra, cortezas y harapos; pero «lo que no osaríamos decir si no lo hubiéramos visto y lo que causa horror, es que se comen los brazos y las manos y en esta desesperación mueren.»

La peste cruzaba el reino en pos de los ejércitos. Después de un combate librado en Champaña, entre Saint-Etienne y Saint-Souplet, quedaron insepultos 1.500 muertos; Villeneuve-Saint-Georges fué infestada por cadáveres y por las carroñas y las porquerías allí amontonadas; y en los alrededores de Etampes, después del sitio, «estercoleros podridos en donde se han dejado multitud de cuerpos mezclados con cadáveres descompuestos de caballos exhalan tal peste que no hay quien se atreva á acercarse á ellos... La ciudad está casi sin habitantes... y los que quedan en las casas no tienen más que la piel y los huesos. Los cementerios son demasiado pequeños para recibir los cadáveres y los lobos acuden á ellos en busca de su comida.»

Dícese que en Ruán murieron en un año 17.000 personas; en Dreux, de una población de 4.000 almas, murió en 1651 la octava parte; en Limours, á pesar de estar defendida por el castillo del duque de Orléans, la cifra de los nacimientos desciende de 33 en 1649 á 23 en 1650 y á 19 en 1652, y en cambio la de defunciones aumenta de 34 á 43 y á 101 respectivamente, no habiéndose celebrado en aquellos tres años y tampoco en el siguiente ningún matrimonio; y en Verdún (Bor-goña) hubo 86 nacimientos y 73 defunciones en 1648 y 37 nacimientos y 224 defunciones en 1652 (1).

La admirable caridad de San Vicente de Paúl, de sus «hijas de la caridad,» de sus sacerdotes y sus hermanos de la Misión se consagró al alivio de los miserables (2), viéndose ayudada por obras hermosas como las «Asambleas caritativas del Parlamento» y por comités de damas postulantes (3); y París, no obstante su agotamiento, aún encontró, desde septiembre de 1650 á marzo de 1651, 80.000 libras que fueron llevadas á Picardía y á Champaña para ser destinadas á la manutención de los indigentes y á la compra de semillas y de instrumentos de trabajo; pero sólo en Champaña había más de cuarenta leguas de tierras abandonadas. Cuando surgía en algún punto no lejano un grito de miseria más agudo, acudíase en socorro de quienes lo lanzaban: así en junio de 1652, habiendo escrito las damas de Palaiseau que la mitad de los habitantes están enfermos y que mueren de diez á doce diariamente, por haber llevado

(1) Véanse los documentos en Faillet, *La misère au temps de la Fronde*, passim.

(2) Respecto de San Vicente de Paúl, véase la página 803 del tercer tomo de esta obra.

(3) Respecto de esta emulación de la caridad, de la participación en las obras caritativas de la «Compañía del Santo Sacramento» y de los jansenistas, y de la intervención en la caridad de las pasiones confesionales, véase R. Allier, *La cabale des dévots*, págs. 50-100.

allí la peste la vecindad del ejército, Vicente de Paúl les envió un cirujano para atender á los enfermos, sacerdotes para confesarlos, 16 grandes panes blancos y 15 pintas de vino y les anunció que al día siguiente un carro tirado por tres caballos les llevaría harina y vino. Esto bastaba quizás para aliviar la miseria de Palaiseau pero ¿qué significaba la miseria de Palaiseau comparada con la inmensa miseria?

VI.—Ruinas políticas (1)

No menos lamentables fueron las ruinas políticas.

Monsieur, que se había fugado de París en la madrugada del día siguiente al de la entrada del rey, firmó una paz infame, como era su costumbre, denunciando á aquellos mismos á quienes había aconsejado. Condé, que mandaba las tropas de España, fué condenado por el Parlamento «á perder el nombre de Borbón y la cualidad de príncipe de la sangre y á sufrir la pena de muerte en la forma que á Su Majestad le plazca ordenar;» su hermano Conti, en cambio, se reconcilió casándose con una sobrina de Mazarino, y dicese que poco le importaba cuál fuese, pues con quien quería casarse era con el cardenal. Mademoiselle, más honrada y más orgullosa, esperó algún tiempo antes de pedir indulgencia; en 1657 fué llamada á la corte, y la Reina, después de haberle confesado que más de una vez había sentido tentaciones de estrangularla, la besó y la presentó al rey, diciéndole: «Aquí tienes una señorita que está muy disgustada de haber sido mala y que en lo sucesivo será muy buena.» Y así terminaron las tristes calaveradas de la familia real.

Mazarino no quería á los franceses y más de una vez demostró su menosprecio á la nación; pero la bajeza de varios de los más grandes señores aun sobrepujó sus esperanzas. Los matrimonios de las sobrinas del hombre que había sido vilipendiado é infamado de todas maneras, son una de esas cosas de que hablaba Michelet, que hacen «daño al corazón.» Cuando el cardenal trajo á la corte «al escuadrón» de sus sobrinas italianas, á todas ellas les predijeron una gran suerte, que efectivamente lograron: en 1651, Mercœur, nieto de Enrique IV, se casó con Laura Mancini; y aunque la Fronda las dispersó, cuando regresaron, después de la rehabilitación del cardenal, las más ilustres damas de Francia salieron á recibir las fuera de la puerta de San Honorato, como si se tratara de reinas ó de grandes princesas. Ana María Martinozzi se casó con el príncipe Conti y Olimpia Mancini con Eugenio de Saboya; y merced á estas dos bodas y á la antes mencionada, la sangre de los Mazarino se mezcló con la sangre de Francia. Además, Ana María Mancini se casó con el duque de Bouillon y Hortensia Mancini con Carlos Armando de La Porte de la Meillaie, que si bien era señor de menos categoría que los anteriores, era sobriño segundo de Richelieu y Mazarino había querido unir las dos dinastías cardenalescas, pensando tal vez que podían equipararse con las dinastías reales. La familia mazarina llegó á ser una de las grandes familias

(1) A. Renée, *Les nièces de Mazarin*, París, 1858, 2 vol. — L. Perey, *Le Roman du Grand Roi, Louis XIV et Marie Mancini*, París, 1854.

de la cristiandad, tanto que hasta se habló del matrimonio de una sobrina con el rey de Inglaterra y del de otra con el rey de Francia. El cardenal, si hubiese querido, habría encontrado novios para sus mismas hermanas: el duque de Anville, que por un momento había esperado casarse con una de sus sobrinas, deseó luego á una de sus hermanas; un obispo á quien el duque había suplicado que fuera su intermediario, escribía al cardenal: «Parece que este buen hidalgo tiene gran pasión por verse honrado con la alianza de Vuestra Eminencia, puesto que después de las proposiciones que hizo para una de las señoritas vuestras sobrinas..., su inclinación continúa ahora por una de las señoras sus madres.»

Todos cuantos habían combatido á Mazarino se humillaron de este modo ó fueron humillados. La Casa consistorial se purificó de las manchas de la insurrección; en efecto, algunos días después del regreso del cardenal, la municipalidad le invitó á un gran banquete, en el que se brindó á la salud de Su Eminencia y «de todos los Mazarinos;» y entonces, «apresurándose cada cual á dar público testimonio de cuán gloriosa y agradable le era esta cualidad, razonaron á porfía uno de otro.» Las salas del palacio municipal estaban llenas de señoras de la burguesía que «sentían ansia por ver á una persona á quien llamaban milagro de la naturaleza.» El día 4 de julio del mismo año, aniversario de la matanza, fué el rey á la Casa consistorial para ver unos fuegos artificiales que se disparaban en la plaza de Greve; en el patio del palacio municipal estaba erigida una estatua del monarca, representado como un semidiós, con el rayo en la mano, un pie sobre la discordia, cuya antorcha estaba apagada, y el otro sobre un buque volcado, el propio buque de las armas de París.

El Parlamento no se resignó á confesar inmediatamente su derrota; y no es cierto que quedara abrumado por un gesto y una frase del rey en la sesión de 13 de abril de 1655. La leyenda de aquella jornada es bien conocida: el rey se entera en Vincennes de que el Parlamento va á deliberar sobre edictos que habían sido registrados en presencia suya, acude presuroso al palacio en traje de caza y látigo en mano, regaña y amenaza, y habiendo el primer presidente Pomponne de Bellievre invocado el interés del Estado, replica: «¡El Estado soy yo!» El rey era incapaz de tan brutal inconveniencia, y la única particularidad de su visita consistió en presentarse en traje familiar y en prohibir las deliberaciones sin guardar las formas acostumbradas. El Parlamento, en su consecuencia, envió á Vincennes una diputación, quejándose de que Su Majestad hubiera procedido «de un modo extraño y muy distinto del de sus predecesores.» La diputación fué muy bien recibida y el Parlamento continuó examinando los edictos; Mazarino, después de haberle amenazado con la «última tempestad,» cedió en algunos puntos. Todavía á fines de mayo se reunieron las cámaras decidiendo formular representaciones; bien es verdad que no llevaron á cabo esta resolución.

La corte recompensó generosamente la docilidad de los parlamentarios; así el presidente Pomponne de Bellievre, antiguo frondero, pero del todo reconciliado, que tenía gran afición á los caballos, á los perros, á la caza y á la gran vida señorial, recibió una gratificación de

300.000 libras. Fouquet, á la vez procurador general y superintendente, lisonjeaba á los consejeros de la oposición que «arrastrarían» á los demás, y el mediador de estos buenos oficios era Gourville, uno de los más extraños hombres de negocios de aquel tiempo. Un día Fouquet le habló del presidente Le Coigneux como de un personaje «á quien había que ver;» Gourville encontró en una cacería á este magistrado, quien le explicó que estaba haciendo arreglos en su casa de campo y que había comenzado una terraza, y entonces aquél le insinuó que el superintendente podría ayudarle á terminar tan hermosa obra.

«Dos días después, dice, recibí orden de pagarle dos mil escudos y de hacerle esperar que no pararía aquí a cosa; y á los pocos días, presentóse en el Parlamento una ocasión, en la que Fouquet comprendió perfectamente que lo que había hecho había dado buen resultado.»

De suerte que en todas partes ha cesado la resistencia; mas no por esto se crea que en el momento en que la Fronda tocaba á su fin, fuese la monarquía universalmente amada y respetada en el reino de Francia.

Durante aquella revolución había surgido toda una literatura libelista. El *Théologien politique* («Teólogo político») declara que se debe obediencia á los reyes que «exigen cosas justas y razonables,» y que «la conservación de la vida y de la libertad contra la opresión inicia no sólo es lícita, sino también equitativa y santa,» por mandato de «Dios y de la Naturaleza.» El *Discours chrétien et politique* («Discurso cristiano y político») enseña que «no son los reyes los que hacen los pueblos, sino que, por el contrario, son los pueblos los que hacen los reyes.» Un libelista latino no reconoce la realeza más que en Jesucristo, porque es el único que ha podido decir: «Vosotros no me habéis elegido; soy yo quien os ha elegido á vosotros,» al paso que los demás reyes han sido los elegidos de los pueblos. El mismo escritor celebra el poder de Dios «que quita el aliento á los príncipes, desata el cinturón de los reyes y les ciñe una cuerda alrededor de los riñones.»

La reina fué insultada en escritos como *La France perdue par les favoris et les reines amoureuses* («Francia perdida por los favoritos y por las reinas enamoradas»); la plebe vomitó sobre ella y sobre su Mazarino horrores «que habrían merecido la horca si el rey hubiese sido el amo.» La injuria alcanzó al mismo rey, puesto que algunos criados que llevaban su librea fueron apaleados por gentes que aullaban que los reyes «ya no están de moda.» El autor de un libelo pone en boca del monarca, contestando á «la Francia afligida» que describe sus miserias:

«Si Francia está de luto, que lllore y suspire; en cuanto á mí, quiero cazar, galantear y reír.»

Y se llegaron á escribir frases revolucionarias como la siguiente: «Los grandes sólo son grandes porque los llevamos sobre nuestros hombros; no tenemos más que arrojarlos para sembrar de ellos la tierra.»

Pero las frases de los teólogos no eran más que frases viejas que desde hacía mucho tiempo se reproducían en los momentos de perturbación y que no causaban otro efecto que armar brazos de asesinos como el monje Clement y Ravaillac; y las injurias no eran sino

injurias con las cuales se desfogaban cóleras, por otra parte harto justas. Nadie tenía un programa de cosas realizables, y aunque se habló mucho de República, ¿por qué medios la habrían instaurado los que de ella hablaban; sobre qué tradiciones, fuerzas y consentimientos la habrían fundado (1)?

El verdadero estado de Francia después de la Fronda es un cansancio infinito. Un agente inglés lo describió perfectamente en 1655; según él, si Condé, refugiado entre los españoles, obtenía una victoria importante, habría una gran revolución; pero, añade, «su partido está completamente aniquilado.» Los grandes señores se quejan, «mas no conozco uno solo que sea capaz de nada;» los cortesanos están descontentos, pero «una pequeña suavidad» basta para apaciguarlos; la nobleza está «arruinada de tal modo,» que es incapaz de montar á caballo para hacer una campaña; el clero «depende en absoluto de la corte y del favorito» que reparte los beneficios; los parlamentos están todos «esclavizados» y los parlamentarios «no se atreverían á hablar;» las grandes ciudades «sólo desean reposo y detestan á todos los que han sido autores de los últimos disturbios;» y en París todo el mundo detesta el actual gobierno, pero se somete á él de buen grado... Nadie quiere oír hablar de una mudanza, y esto es positivo (2).

El gran hastío de esas turbulencias sin provecho y sin honor; una reacción á la francesa, que pasa de un extremo á otro, de la agitación al horror de la «mudanza;» nuestro hábito nacional de desistir de todo por disgusto ó por desaliento; he aquí lo que vemos al final de la Fronda, ese esfuerzo tan miserable contra la autoridad del rey que permanece en pie, en medio de la ruina universal y que aun resulta realizada por esta ruina.

CAPITULO III

DESPUÉS DE LA FRONDA (3)

I. La política y la guerra desde 1648 á 1660. — II. La hacienda y los asentistas; el superintendente Fouquet. — III. El jansenismo. — IV. Muerte de Mazarino.

I.—La política y la guerra desde 1648 á 1660

Los cinco años de la Fronda habían hecho perder á Francia en Italia los presidios de Toscana, que recobraron los españoles, y Casale, cuya guarnición francesa expulsó el duque de Mantua; en la Flandes marítima,

(1) H. See, *Les idées politiques à l'époque de la Fronde*, en la «Revue d'histoire moderne et contemporaine,» tomo III, páginas 113-138. — La idea con más frecuencia expuesta es la de que el rey debe gobernar por sí mismo y de que el régimen del ministerio inaugurado por Richelieu es una tiranía.

(2) Véanse extractos de memorias de agentes ingleses en Feltet, *La misère au temps de la Fronde*, pág. 502 y sig.

(3) FUENTES: las *Lettres du cardinal Mazarin* ya citadas en la pág. 1. El texto del tratado de los Pirineos y del contrato matrimonial de Luis XIV, en Vast, *Les grands traités... Mignet, Négociations relatives à la succession d'Espagne*, París, 1835-1842, 4 vol. (Documentos inéditos). *Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France depuis les traités de Westphalie jusqu'à la Révolution française*, publicado bajo los auspicios del Ministerio de Negocios extranjeros; véanse especialmente los volúmenes *Suecia, España y Portugal*. Las *Relazioni* de los embajadores venecianos y las memorias ya citadas, particularmente las de Brienne, de Turenne, de Gramont y del duque de Guisa.

OBRAS DE CONSULTA: Valfrey, *La diplomatie française au*